



EL CAPITAN BUCANERO SE CONVINO CON LOS MARINOS AFRICANOS.

EL TERRIBLE VENGADOR,

6

LOS NEGRITOS.

(Continuacion.)

No nos detendremos en referir los pormenores de esta despedida. Mr. Smith entregó á Enrique una letra sobre la Habana de los tres mil duros que le habia ofrecido y le dió un estrechísimo abrazo diciéndole.—Aseguré á Vd. que *Borrasca* se embarcaria en la goleta, y lo he cumplido: él es el capitán que yo habia recomendado antes de conocer á Vd.

Matilde con los ojos humedecidos por un llanto secreto entregó al jóven piloto su retrato en miniatura y la sortija del solitario, en cuyo secreto habia introducido su padre aquel veneno terrible de las serpientes indianas que solo cede á la virtud maravillosa de las hojas del *Guaco*. (1)

Recibió Enrique estos dones con el mas indecible placer y brotó de sus ojos una lágrima de amor, la última que debia derramar; sus labios murmuraron un adios tierno al imprimirse en la graciosísima mano de aquella virgen americana.

Siete dias despues se hallaba embarcado en la goleta *Maria* con su amigo *Borrasca*, y á los quince desafiaban ambos las tempestades del Océano con rumbo á la costa de Africa.

No les seguiremos en sus primeros viajes; dichosa fué la expedicion á Mozambique; dicho-

sas cuatro mas que hicieron á *Gallinas*, y á los calabares; la fortuna habia sonreido á nuestros marineros, el amor seguia colmando las esperanzas de Enrique, y *Borrasca*, el fiel *Borrasca* tan generoso y desprendido como emprendedor, preguntaba al que siempre miraba como á su gefe, cuando se preparaban para el sexto viaje:

—¿Qué diablos tiene Vd. capitán?

—A tí te debo el mandar un buque, y te debo mas que eso; el haberte empeñado en ser piloto mio.

—No hablemos de eso: ya sabe Vd. que yo no sirvo para dar honor á una goleta; cada cual en su puesto; si se trata de abordage, entonces será otra cosa. Pero Vd. no quiere contestarme, y así repito, ¿de qué nace esa tristeza?

—Hace dos años que nada sé de mi pobre hermano....

—¡Fuego de Dios á estribor! Confieso que soy un necio.

—El consignatario ignora su paradero; ninguno de los muchos marineros á quienes hemos preguntado por él nos ha dado la menor noticia; no está prisionero, porque nos lo hubieran noticiado los capitanes que han bebido las fétidas aguas de *Sierra Leona*; tampoco ha muerto en ninguna de las *factorías* de la costa.... ¿Qué se ha hecho pues mi Eduardo? ¿Qué se ha hecho la goleta *Esperanza*? ¡Y me preguntas, *Borrasca*, porque estoy triste!....

Borrasca no le contestó; comenzó á pasear de popa á proa meneando la cabeza; sentóse al fin sobre el *caramanchel*, agarró una *limeta*, echóse á pechos una ración regular de ginebra, encendió un tabaco y se metió en la cámara, con un humor detestable. No tardó mucho tiempo en aparecer sobre cubierta.

—¿Cuándo levamos? preguntó á Enrique.

—Ahora mismo: que tiren el cañonazo.

—Es inútil: toda la gente está á bordo; lo que yo deseo es, dirigir el rumbo por ocho dias.

—Haz lo que quieras.

Borrasca empuñó la bocina y la goleta salió de la Habana para su nueva expedicion: Enrique se tendió á la larga en su camarote indiferente á todo, y en él permaneció la mayor parte del dia acosado de melancólicos pensamientos; su amigo entre tanto silbaba sobre cubierta una *dancita* cubana, y veia con placer que la goleta cortaba á todo trapo y á un *largo* la blanca espuma de los *cayos* de la costa. Era ya de noche, cuando Enrique se acordó de la grave responsabilidad que sobre él pesaba, y á pesar de la ilimitada confianza que le inspiraba su *segundo*, creyó de su deber inspeccionar la marcha del buque: notó desde luego que los *balances* de este eran demasiado suaves, pues le suponía ya inmediato á la embocadura del canal, y no dejó de llamar su atencion el ruido de las olas que se estrellaban contra las peñas, cuando se figuraba que se encontraban á mucha distancia de tierra. Subió pues á cubierta, y su admiracion fué grande al notar que la goleta volaba á toda vela impelida de un viento fresco; acercóse al compás y no pudo menos que arrojar un juramento y dar una patada en el suelo al ver el rumbo que llevaban.

—¿A dónde demonios vá la proa? preguntó al timonel.

—Señor al Este.

—¿Quién lo ha mandado?

—El piloto.

Llamó á *Borrasca*, y le dijo:

—Has puesto la popa al Africa.

—¿Y qué?

—Buena respuesta. ¿No ves que de este modo vamos á doblar el *Cabo de San Antonio*?

—Para ir á Roma hay muchos caminos.

Enrique no pudo hacer otra cosa que mirarle con estrañeza: *Borrasca* comenzó á silbar su *dancita*, separó al capitán del timonel y le tuvo este razonamiento lacónico:

—Vd. está triste porque ignora la suerte de su hermano; nada mas justo; y yo que estoy triste, porque Vd. lo está, he encontrado el medio de adquirir noticias ciertas de lo que busca-

(1) El autor de esta novelita publicó hace dos años en un periódico de esta corte, la historia del descubrimiento de este precioso arbusto debido á un pájaro. No se reproduce aqui porque es demasiado extenso para una nota.

mos: por eso navegamos ahora al Este para tomar el Sur despues de doblar el cabo.

— Pero ¿á dónde nos conduces? espílicate de una vez, dijo Enrique incomodado.

— A la isla de los Piratas.

— ¿Estás loco? ¿Quién se mete entre peñascos?

— Nosotros.

— ¿Y cuál es tu proyecto?

— Allí está el *Terrible*, aquel hermoso bergantín que se burla de la caza que le dan continuamente los buques de guerra ingleses y americanos.

— ¿Y piensas abordarlo con este esqueleto que montamos?

— Este esqueleto de goleta, capitán, les viene mejor á esos perseguidos ladrones para guarecerse en los *cayos* de estas islas que el buque armado de que disponen: tiene diez piezas y una colisa; les dejaremos dos y esta goleta, y ellos nos darán el bergantín, que ya llama demasiado la atención de los cruceros: ellos están hoy en disposición de cambiar el barco por una artesa y su pellejo por el del diablo. Sobre todo, aquí tienen buena presa, pues llevamos una buena factura que se alegrarán de poseer y que les cederemos con gusto, porque supongo que con el bergantín no iremos á comprar negros.

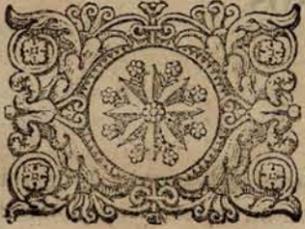
Enrique se quedó pensativo un rato, y al fin respondió con resolución.

— No; no compraremos negros: sabremos la suerte de mi hermano, y si ha sido igual á la de mi padre, vengaremos á los dos.

— Así se habla, dijo *Borrasca*, y ambos entraron en la cámara á examinar la carta.

Todo sucedió á los pocos dias como *Borrasca* lo habia previsto: la goleta *Maria* llegó á la isla de los *Piratas*: el capítan bucanero se convino con los marinos africanos, y estos pasaron al bergantín, dejándole la goleta.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS.

En el teatro de Santa Cruz de Barcelona se ha ejecutado la ópera *Lucrezia Borgia*, en la cual ha sido aplaudidísima la *prima donna* señora Brambilla: posee esta excelente artista una hermosísima voz, bella figura, y aventajadas dotes como actriz.

También se ha puesto en escena en el mismo teatro la nueva ópera en tres actos *Il proscritto d' Atemburgo*, compuesta por el jóven barcelonés don Carlos Grassi. Nos escriben grandes elogios de este *spartito*, instrumentado con gran inteligencia y delicado gusto, asegurándonos que su autor sigue en él atinadísimo las huellas del maestro Mercadante, que es, como no ignoran muchos de nuestros lectores, uno de los primeros, ó tal vez el primero en la difícil tarea de la instrumentación. El triunfo de *Il Proscritto* ha sido completo, y nosotros nos complacemos en anunciarlo, por ser obra de un compatriota nuestro.

VIAJE A ITALIA.

(Continuacion.)

Mas ya es tiempo de que abandonemos á Ferrara, á ese carcomido trono, así como Bolonia es una cátedra destruida. En ese trono donde tuvieron asiento tantos príncipes fastuosos, solo quedan cuatro pedazos de maderas sin doraduras, y algunos trozos del terciopelo que lo cubria.

Hemos cruzado velozmente un rincón de esa tierra donde no fué reconocida la revolucion de julio. ¡Qué desdicha para la revolucion de julio! no se como se atreve á vivir sin permiso del duque de Módena, de ese loco furioso. Este príncipe maniático, si los hay, posee algunos lienzos del Guercin, de los tres Carrachios y de Andrés del Sarto: los Parisienses de Julio se prosternan sin vacilar delante de aquellas temerosas obras, que, al pasar por el Louve, adquirieron no sé que nuevo brillo. No hay museo en Italia que no posea esos escogidos lienzos arrebatados por la conquista, y que no tenga á mucho honor esta circunstancia. En ciertas ciudades, en Florencia por ejemplo, el mas fanático amante de las artes se confiesa á sí mismo que tal Rafael ó tal Gioffo está en su puesto; pero en Bolonia, en Ferrara, en Módena se siente uno poseido de lástima, porque aquellas obras maestras han sido arrancadas al museo de Francia y condenadas á aquel *carcere duro*. Todo este pais de Módena es triste, solitario, inerte. ¿Creeríais que el Dante está proscrito en Módena y que en la aduana se apoderan de él como de una mercancía de contrabando? Ya veis que la revolucion de Julio tiene con que consolarse.

También pasamos por Reggio. En la esquina de una calle vimos el retrato de Brenno esculpido y copiado del natural, segun nos dijeron. Ese Brenno, visabuelo nuestro, formuló á su modo una máxima digna de Maquiavelo. ¡Infelices de los vencidos! Despues de Reggio llega arrastrándose con lentitud Parma, perteneciente á ese infeliz muger, hoy sin nombre, habiendo llevado en otro tiempo el mas esclarecido de Europa. La biblioteca posee entre otras curiosidades el libro de horas de Enrique II y el psalterio de Lutero, dos enemigos, el libro de horas y el psalterio que se han latido hasta el último trance. También posee un ejemplar del Coran, encontrado por Sobieski en la tienda del bajá Kara-Mustafá. Posee asimismo el Petrarca, libro que Francisco I se complacia en llevar á Pavia, como digna Iliada de semejante Alejandro. En la galeria de pinturas se vé un hermoso Correggio comprado al autor en cuarenta cequines, dos carros de leña, seis medidas de trigo, y un cerdo excelente para la matanza.

En 1798 la república francesa que no tenia zapatos para sus pies no daba en un millon ese cuadro, que devolvió luego de valde. Y he oido preguntarse muchas veces los grandes políticos como era que esos príncipes de Italia se tenían en algo. Consiste en que á falta de fortuna, de poder y de ejércitos, poseen obras maestras, que puede llamarse con justicia el derecho divino: consiste por fin, en que es imposible no colocar entre los personajes mas importantes de este mundo á un príncipe que posee esos hermosos libros de la biblioteca de Parma: y los dos Correggios de la galeria, y el San Gerónimo de Guercin, y la adorable Virgen de Van-Dick, y la Sta. Catalina de Andrés del Sarto. Negad como gustéis la existencia del duque y de la duquesa de Parma, pero no negareis de seguro sus Ticianos y sus Carrachios.

En la catedral de Parma se ve un cenotafio,

dedicado al Petrarca, archidiácono y canónigo: junto á él se halla el sepulcro de Agustin Carrachio. La cúpula de san Juan es toda de mano del Correggio: en todas sus paredes imprimió este artista su gracia, su colorido, su genio: en todas partes se le ve y lo llena todo. Luego que uno de esos grandes artistas de Italia se desposa con una ciudad la es fiel hasta lo último, la adorna con todas sus fuerzas y con todo su corazón, la prodiga con insensata profusion todas las inspiraciones de su mente. A poco son él y ella una cosa misma, y cuando la ciudad muere vive todavía el artista para protegerla, y no hay fuerzas humanas que basten á arrancarle de aquellas ruinas donde mora. No hay conquistador, incluso Bonaparte, apto para decir: «*Correggio ó Ticiano, levántate y sígueme en mi gloria*,» y cuando la conquista arranca por violencia algun frágmen to de aquellas obras maestras, la veis volver en breve por sí misma al lugar que ha perdido. Parma posee una cavidad fúnebre que contiene el sepulcro de Alejandro Farnesio, aquel gran capitán, querido de Enrique IV.

(Continuará.)



LAS DOS ESTRELLAS.

¿ Ves esa estrella que ufana
Brilla clara y refulgente
En la bóveda esplendente?
Tu destino de mañana
De ella es á, hermosa, pendiente.

¿ Y ves otra que á su lado
Yace oscura y decaida?
De su lumbré deslucida
Pende mi futuro estado,
El destino de mi vida.

La primera brilla hermosa,
La segunda desmayada,
Viva la tuya, amorosa,
Con una llama ardorosa
Se la miró iluminada.

Y entonces las dos brillaron
Y las dos resplandecieron;
Silenciosas se miraron,
Con su silencio se hablaron
Y en silencio se entendieron.

Y desde entonces, hermosa,
Siguieron resplandeciendo;
Y su lumbré deliciosa
Con fugidez muy graciosa,
Mas cada vez va creciendo.

¡ Hermosa, nuestras estrellas
En silencio se entendieron!
¿ Serán vanas mis querellas?
Soy silencioso cual ellas,
Mas ellas ¡ se comprendieron!

FELIPE GARCIA MAURIÑO.



TEATROS.

CRUZ.
Hay no hay función.
El asombro de Jerez, Juana la rabricortona.
PERSONAJES.
Juana. Sras.
Margarita.

Clavela.
Dama.
Enrique. Sres.
Don Luis.
Corregidor.
Cosme.
Mastranzas.
Farfulla.
Ga'an J.

Voz.
Paje.
Ministro.
Lledó.
Fernaz. (D. F.)
Sanchez.
3.º Terminará el espectáculo con el Pax-de-deux de la Sillida, precedido algunas escenas del mismo baile por Mme. y Mr. Finart.

IMPRENTA DE BOIX.